

Homilía del Padre Arturo Sosa el 13 de mayo de 2018

Domingo de la Ascensión

Valladolid, Iglesia del Corazón de Jesús

Queridos hermanos y hermanas: el relato de Lucas en los Hechos de los Apóstoles es realmente hermoso, un relato lleno de vida. Jesús sube al cielo, pero no de cualquier manera. Jesús sube al cielo como los grandes profetas. Como Elías subió al cielo llevado por el Espíritu. No es un acto mágico. Es la expresión de ese Jesús que toda su vida se deja llevar del Espíritu, y asciende llevado por el Espíritu mientras continúa haciendo lo que él hacía. Mientras habla, mientras está intentando profundizar esa relación con sus discípulos, mientras está intentando transmitirles todo eso que quiere transmitirles. Y ese mismo Espíritu que se lleva a Jesús al cielo es el que convierte a esos discípulos en testigos, testigos de la llegada, muerte y resurrección de Jesús, responsables de la misión que el mismo Señor comenzó y les dejó.

Poco antes Jesús había dicho a los discípulos: “Les conviene que yo me vaya”. Ustedes saben que siempre una separación duele, y que las separaciones, cuando se crea un lazo tan profundo como el que se creó entre Jesús y sus discípulos, siempre es como arrancarse algo, como cuando se rompe algo. Jesús les insiste, durante la Última Cena, como relata el evangelio de Juan, y les dice: «Les conviene que me vaya. Porque si yo me voy también ustedes recibirán el Espíritu Santo. También ustedes serán bautizados en el Espíritu Santo como celebraremos con el signo de Pentecostés». Esa es la continuidad, y la permanencia de Jesús con ellos y con nosotros, es a través del mismo Espíritu que se lo lleva al cielo. Pero añade aún más: «Solo si ustedes reciben el Espíritu Santo serán capaces de llevar el peso de este encargo, de esta misión, de esta tarea. Ustedes, por sí mismos, no pueden llevar ese peso». Y creo que hablaba de su propia experiencia. También Jesús llevó el peso de su misión, un peso tan grande como el peso de la cruz, soportado por el Espíritu Santo. Ese mismo Espíritu que soportó a Jesús, hasta la muerte en la cruz, es el que hará posible que sus seguidores, nosotros, podamos llevar el peso de la misión y que entendamos lo que en un primer momento no es nada fácil de entender. Empezamos por creer en él, pero no por entender la magnitud, la profundidad, la complejidad de la tarea que se nos encarga.

Jesús asciende por el Espíritu Santo, porque antes ha descendido. La Ascensión es una parte, una nueva etapa de ese proceso que comienza con la decisión trinitaria de descender, de hacerse uno entre nosotros, de tomar carne humana, de hacerse un pobre entre los pobres. Ahí comienza el proceso de la Ascensión. Asciende después de haber hecho este proceso, como cabeza de este cuerpo. Por eso, la Ascensión, no es una despedida. Me atrevería a decir que ni siquiera es una partida. No es que Jesús se vaya, sino que confirma su nueva forma de presencia entre nosotros, su nueva forma de presencia en la

historia humana, una nueva forma de presencia que comienza con la Resurrección.

Cuando Jesús finalmente entrega su vida en la cruz y, como dicen los Hechos de los Apóstoles, Dios el Padre lo resucita, le devuelve esa vida, la vida de Dios, y comienza ese nuevo modo de estar presente entre nosotros. Es el fruto de la vida recuperada porque ha sido entregada. Y por eso Jesús les pudo decir también: «Yo estoy con ustedes todos los días, todos los días hasta el fin de los tiempos. No estoy como estaba antes, pero estoy. Estoy con ustedes todos los días en el Espíritu, en la Eucaristía, en la solidaridad, en la inspiración de tantas personas que también dan su vida».

Si no fuera así, no tendría sentido, por ejemplo, la narración que hace el propio Pablo de su encuentro con el Señor. ¿Lo recuerdan? Pablo va camino de Damasco persiguiendo cristianos, convencido de que la mejor obra para servir a Dios era perseguir a los cristianos; y se encuentra con Jesús, de repente. Y lo que le dice la voz que él siente en ese momento, es: «¿Por qué me persigues?» No dice por qué persigues a mis discípulos, o a los que me quieren, o a los que me siguen, sino por qué me persigues.

¿Y quién eres tú? -porque Jesús realmente está presente en medio de nosotros. Jesús nos acompaña todos los días, después de la muerte y Resurrección.

Más aún, como escuchamos también en la lectura. Jesús crea el cuerpo, este cuerpo de sus seguidores que es la Iglesia. Él es la cabeza. La cabeza que asiente. La cabeza que completa, la que va delante. Cuando alguien encabeza una fila, o un grupo, es el primero que llega. Jesús hace eso mismo. Jesús es la vanguardia, Jesús es la cabeza que llega, y reabre el camino entre nosotros, los seres humanos, y Dios, en esa imagen simbólica del cielo. Y nosotros vamos detrás, vamos junto con él, porque el cuerpo no se separa ya nunca de la cabeza, porque es la unión con su muerte en la cruz, donde unió ese cuerpo que somos los seres humanos, invitados al ascenso a la vida divina. Esa cabeza nos comunica la vida que ha recibido en la Resurrección, y todo el cuerpo testifica, es testigo de la vida nueva en Jesús.

Por eso nosotros, también, podemos decir cuando comenzamos la plegaria eucarística, el prefacio de la misa, decimos: «Levantemos el corazón». Lo dice el sacerdote y nosotros respondemos: «Lo tenemos levantado». Nuestro corazón asciende con el Señor, asciende con él porque asume la responsabilidad de continuar la misión, porque en comunión con él somos anunciadores de esta hermosa noticia, esta buena noticia de la liberación de todos los seres humanos. Aunque nuestros brazos y nuestras piernas sigan aquí, pegados al suelo, testimoniando ese mensaje de liberación de todos. El corazón en alto, pero los pies y manos bien pegados a la tierra para poder hacer el mismo camino que hizo el señor, de descenso y ascenso.

Por eso, celebrar la Ascensión del Señor es confirmar nuestra fe en Cristo, en Jesús de Nazaret, encarnado, proclamado pobre entre los pobres, dedicado a hacer el bien -no hizo otra cosa en su vida que demostrar que un ser humano puede pasarse la vida haciendo el bien a los demás, sin preguntar ni “a quién” ni “por qué”-, injustamente crucificado, pero libremente crucificado -acepta ese camino que Dios le indica-, y resucitado. Confirmamos nuestra fe, y esta fiesta de la Ascensión del Señor es la fiesta de la confirmación en esa fe. También es la fiesta de la confirmación de nuestra comunión con él. De reconocer que está y sigue con nosotros, y que da sentido a nuestra vida de entrega cristiana en la que somos testigos de la nueva vida. Y sobre todo es la fiesta que nos recuerda la plena responsabilidad que tenemos sobre la historia humana.

Jesús abrió el camino y nos dijo: «Ustedes hagan el camino. Ustedes recorran el camino. Lo que ustedes hagan aquí será lo que yo haga allá. Lo que ustedes perdonen en la tierra será perdonado en el cielo». Nosotros somos los responsables de la historia.

Estoy diciendo esto y me sobrecoge, porque uno casi piensa, ¿no será tan irresponsable de dejar en nuestras manos semejante tarea? Dios confía tanto en nosotros que deja esa tarea en nuestras manos. La credibilidad de Dios está en nuestras manos.

Somos nosotros los que hacemos presente -o no- a este Jesús nuestro, que se hizo uno de nosotros y entregó su vida y subió al cielo. Si seguimos ese camino, la palabra de Dios se hace realidad en esta tierra.

Recibamos la invitación a asumir esta responsabilidad, sabiendo que porque Jesús asciende al cielo nosotros recibimos el Espíritu que nos permite asumir esa enorme responsabilidad de liberar la historia humana.

Que así sea.